



DE PANDEMIAS Y OTRAS LINDEZAS

Aguantando el chaparrón diario de la Covid con su pandemia y todas las variantes no puedo menos que afirmar que este mal, como lo fueron las pestes y las plagas de la antigüedad, causa de triunfos tan

grandes como es el de tener sometidas todas las naciones, nos tiene domesticados y esclavizados sin poder levantar cabeza como si fuéramos burras y jumentos.

Este siglo, como todos, es arquetipo de naciones, todas con esqueletos en el armario. Hay poca gente que no pueda decir: “A mí, la Covid, se me ha llevado un familiar o un amigo”. Y esto sucede no porque sea una maldición, sino porque, como seres humanos, nos lo tenemos merecido.

Ahora que escribo, y es Navidad 2021, la maldición la celebraremos al estilo de Tántalo en su cena monstruosa ofrecida a los Inmortales donde los ingredientes que figuran en el menú son idénticos a su extraña historia: Unos se matan, otros se aman, otros se despedazan, otros asesinan, otros violan, otros reprimen, otros expolían o inmatriculan ermitas, iglesias y catedrales. ¡La Biblia en verso!, vaya.

Muchos con suerte y con dinero celebran la mesa con marihuana o heroína. Otros, sin ella, con pollos de supermercado, pan, agua, y vino. Y, muchos de ellos, celebrando los días invitando a sus curas con jactancia, por haber pedofiliado a sus hijos, y tenerles por modelo.

“El conejo no está aquí

Se he marchado esta mañana

A la hora de dormir

¡Pum! ya está aquí.

Haciendo la reverencia

Tú besarás y follarás

A quien te guste más”.

Cómo me gustaría volver a cantar esta cancioncilla y jugar con ella, como hacíamos en Cañete de Cuenda, cuando chicos y chicas íbamos detrás de un Asno montado por su dueño por ver cómo cagaba, elevando su cabeza, después, para rebuznar con jactancia.

Nosotros cogíamos sus boñigas tan calentitas y nos las llevábamos a las narices del modo más solemne para olerlas y saber a qué olían. Estas nos olían a pan de higo recién hecho, y alguna o alguno de nosotros, con devoción, un poco las lamíamos, repitiendo tres veces:

--¡Qué buenos Burros hay en Cañete; para, después, tirárnoslas unos a otros; y el amo del Asno exclamar:

-¡Qué buen gusto tienen estos chicos;

También, tengo que decir que algunos y algunas de nosotros íbamos tras el burro por verle el instrumento y que alguna chica devota del grupo decía que era sobada y movida por el diablo, si no se explicaba su largura.

Yo, a veces, les decía:

-Prefiero un pueblo, una ciudad, una nación rica en boñigas de Burro, que rica en oro de lo que cagó el moro. Y me gusta Cañete porque aquí el Sol y los astros en su carrera se ocultan por el este; y de una boñiga de Asno vimos salir una lagartija encinta.

-Daniel de Culla